

EL FÉNIX CARTAGINÉS.

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO,

ARTÍSTICO, DE ADMINISTRACION É INTERESES GENERALES

DIRECTOR: D. FRANCISCO ARRONIZ Y THOMAS.

Año II.

Cartagena 25 de Enero de 1880.

Núm. 56.

SUMARIO.

EL ACTO LIBRE, por D. Luis de Argelós.—LA MUJER SOÑADA, por D. Francisco Arróniz y Thomas.—Leyenda: FRAY RAIMUNDO.—Tercera parte, (Conclusión.) por el mismo.—Cartagena tradicional: LA MANTILLA DE LA REINA, por D. A. Avelino Thomas.—Mosáico, por Asdrúbal.

EL ACTO LIBRE

El hombre es el único sér donde caben principios de personalidad é individualidad, toda vez que es el único que tiene conciencia de su sér y puede determinarse á sí mismo. Así es, que al estudiarle, le hallaremos siempre dueño de esta facultad, al paso que si consideramos á los demás séres en su individualidad, encontraremos siempre en ellos diferencias con séres de otra especie, por el predominio de una aptitud determinada ó de un órgano particular, apareciendo todos ellos, aunque completos en su individualidad, como fragmentarios del mundo animal.

No sucede lo mismo tratándose del hombre, pues en este hallamos un organismo perfecto, donde se hallan justamente equilibradas todas sus facultades, no pudiendo, por tanto, considerásele nunca como un sér fragmentario, sino como una unidad completa. Así pues, en él hallamos facultades de conocimiento, de generalización y de comparación, y aun cuando algunos han dicho que otros séres de la creación poseen también estas condiciones, no es adoptable bajo ningún concepto tal sofisma, por no brotar en ellos nunca estas funciones de la manera libre, espontánea, profunda é ingénita con que las vemos aparecer en el sér racional humano.

El hombre se abstrae, es decir, el hombre puede reconcentrarse en sí mismo formulando un juicio y haciendo una comparación; facultad que so-

lo es de su dominio, y que recibe el nombre de conciencia, adquiriendo por ella la certeza de las aspiraciones de su alma, y por ende de la inmortalidad de su espíritu, toda vez que la tendencia constante suya es la posesión del ideal supremo, el goce de la eternidad, la vida en el infinito.

Esta misma facultad de conciencia, nos convence al propio tiempo de que nuestra alma no es ni puede ser nunca un desenvolvimiento de la esencia divina, sino por el contrario sustancia propia, superior y distinta á la materia que la abarca y envuelve, como el calabozo al prisionero, donde así como á través de la espesa reja mira el penitenciado la atmósfera purísima que formó el ambiente de su vida de libertad, así también presa en su vaso de arcilla lamenta el alma su destierro, y gime por el espacio infinito, morada ethérea que tuvo en los tiempos anteriores á su encarnación.

El alma, fuente de la conciencia, es además depósito de las tres facultades que la constituyen ó forman, desempeñando cada una de estas misiones distintas, pues la facultad de pensar nos dá el convencimiento de nuestra existencia y el de la existencia de los demás séres que nos rodean; la facultad de sentir nos inspira el conocimiento de las condiciones del mundo que nos cerca é influyen en nosotros de un modo agradable ó desagradable, y finalmente la voluntad, hace que después de sernos conocidos los séres del mundo, nos determinemos libremente á identificarnos con nuestro propio sér. El pensamiento tiende sus alas buscando en los alcázares de la idea el templo augusto de la verdad, el sentimiento se conmueve con sed hidrópica por humedecer sus labios en la fuente castálida de la belleza, la voluntad como nuevo argonauta boga por los mares de la vida conjurando peligros y desafiando tempestades por conseguir el bien.... ¡Lastima grande que muchas veces el error las atraiga, la falsedad estética las ciegue, y el mal las aprisione entre sus músculos de acero! ¡Lastima grande que muchas veces también estas tres facultades, en lugar de estar armonizadas, carezcan de este concierto!